

Acerca de las críticas del profesor Ahumada a Salazar y Pinto

Expuesta en periódico El Mercurio del día 29 de junio de 1998.

¿Qué es el saber histórico?

Con el artículo publicado el 27-06-99 por “El Mercurio” al profesor. Rodrigo Ahumada D. Ha intentado aterrizar el debate en un aspecto clave: el saber histórico.

Sin embargo, en su afán polémico contra Salazar y Pinto, diluye su propia concepción de la Historia, como disciplina, que no es lo mismo que el transcurrir histórico de las sociedades, base real de la investigación disciplinaria. Lo grave es que descalifica la obra de sus contrincantes con el argumento de que “se trata de un proyecto ideológico-historiográfico de una clara inspiración hegeliano-marxista”. Con similar criterio ideologizante, un historiador adscrito al materialismo histórico podría descalificar a otros colegas por interpretar la historia a la luz de la escuela de Ranke o de la tendencia historiográfica liberal de Barros Arana o de la mirada hispanista de Jaime Eyzaguirre.

Muy suelto de cuerpo, Ahumada llega a decir que es “metafísico” el planteamiento de Marx sobre “las clases sociales, pareciendo ignorar que éstas son preexistentes al creador del materialismo histórico en más de 30 siglos o, si se quiere, desde la implantación de la esclavitud grecorromana. Y que la teoría sistematizada de las clases proviene de Pierre Maunder y otros teóricos franceses de principios del siglo XIX.

Convencido de que la descalificación es “la mejor” herramienta para destruir a quien critica, Ahumada sostiene que la teoría del cambio social de Salazar “no es otra cosa que la vieja praxis marxista de los grupos populares” y que quehacer no es la de un historiador sino la de un “vocero” o “dirigente realizando una tarea política”. Se puede diferir de Salazar respecto de su utilización de la categoría de “bajo pueblo” y de su aún más vaga versión de “ciudadanía”, pero no es apropiado para el avance científico del conocimiento descalificar su obra historiográfica con ideología, que en rigor significa deformación de la realidad al servicio de determinados intereses de clase o fracciones de ella, incluida la intelectualidad que los racionaliza.

Autoconvencido de que “la mejor arma polémica” es declarar que el adversario está pasado de moda, Ahumada afirma rotundamente que la concepción historiográfica se inclina por “un retorno progresivo al evento y a las personalidades históricas, como elementos **esenciales** para una comprensión integral del discurso histórico”, apreciación historiográfica tradicional de la cual diferimos profundamente. Pero antes, nos permitimos decirle que no está obsoleta la teoría de la historia de los “Annales” de los buenos tiempos de Marc Bloch y Lucien Febvre y que los investigadores ingleses: Habsbawn, Thompson y Perry Anderson están entre los mejores historiadores del siglo XX.

El quehacer del historiador

Para Ahumada, la “función del historiador” consiste en “constituir los hechos”. Hace una cita del investigador Marrou, pero no explicita la labor fundamental del historiador, salvo una frase: “la historia es siempre inseparable del historiador. Esto no quiere decir, en ningún caso, que el historiador construye arbitrariamente la historia, por cuanto ella siempre se elabora desde en interior de los documentos”. Con esta afirmación, sumada a la interior (“el evento y las personalidades históricas” como elementos esenciales), Ahumada parece adscribirse a la concepción tradicional de la historia y, particularmente a la Macaulay con su discurso apologético de los héroes. Y también de la magnificación de los documentos, metodología cuestionada por los historiadores de la cultura, como mi maestro José Luis Romero, para quienes los documentos, sobre todo oficiales, entregan una visión sesgada de lo “fáctico”. Debe considerarlos, aunque críticamente, porque forman parte del proceso de formación de las mentalidades, reflejando la ideología que los gobiernos quieren transmitir por aquello que dijo un hombre barbudo que todavía que todavía goza de buena salud: “la ideología predominante de una sociedad es la ideología de la clase dominante”.

Es sabido que el documento oficial no es la única fuente llamada “primaria” para un verdadero historiador, quien es más que un archivero o archivista. También son fuentes la iconografía como cualquiera otra imagen, la historia oral con sus limitaciones de tiempo –a ser chequeada por otros testimonios-, los relatos de viajeros y la novelística, que entrega una mejor visión de la vida cotidiana que los documentos oficiales para reconstruir el ser profundo de los pueblos. Ni que decir de ese testimonio aún no incorporado de la Ciencia Histórica: el ambiente o la relación interrelacionada de la sociedad humana con la naturaleza; y la mujer, esa mitad invisible para los investigadores, pero realmente existente que hizo y hace historia; junto con los pueblos originarios contemporáneos, cuya cosmovisión transmitida por siglos es una fuente para comprender su pasado y sus luchas del presente. Asimismo, constituyen fuentes la prensa obrera, los periódicos editados por los campesinos, los pobladores de las áreas urbano-periférica pobres; en fin, todas aquellas expresiones de los vencidos y de los propios vencedores. También son fuentes el teatro, el cine y últimamente la TV, testimonio inapreciable para analizar la vida cotidiana de la llamada “clase alta”, según la clasificación tradicional de las clases por su altura; las resoluciones de los partidos burgueses, de sus Presidentes de la República y de sus concepciones del Status.

Por ende, son fuentes los documentos escritos como los testimonios orales y las imágenes, sean iconos, dibujos, caricaturas, fotografías, películas, videos y, sobre todo, las novelas, especialmente aquellas que según los críticos literarios cultivan el realismo, sea mágico o no. Obviamente, los historiadores tradicionales archivistas las clasifican en “fuentes primarias y secundarias”, para privilegiar los documentos encontrados en los archivos oficiales y deprimir la importancia del resto de los testimonios de época.

Premunido de esta denominada base de datos, el oficio del historiador es complejo: en primer lugar clasificarlos de acuerdo a la hipótesis de trabajo; de lo contrario, le puede pasar lo mismo que a los que trabajan con Internet, que cuando más información tienen menos saben lo que hay que saber, es decir, son “sabios tontos”. En segundo lugar, tiene que hacer el relato de los acontecimientos, de acuerdo al tiempo cronológico y al tiempo de corta, mediana y larga duración, como dice Braudel, y a la intensidad del tiempo histórico de cada coyuntura; en una palabra no hay Historia, como disciplina, si no existe el relato de los hechos coyunturales y estructurales de un proceso.

En tercer lugar, y en el mismo momento que se relata, hay que interpretar los sucesos con la mayor objetividad que no significa una hipócrita postura de imparcialidad, ya que es sabido que ningún historiador es imparcial. Describir sin procesar e interpretar conduce a un objetivismo, que aparenta ser objetivo pero que es la “madre de todos los males”, pues alimenta el relativismo histórico, pues con los mismos datos se pueden fabricar tantas historias como investigaciones porque, según los partidarios del relativismo histórico todas las verdades son relativas, según la óptica ideológica con que mire los hechos cada historiador. Hasta se llega a decir, con un criterio profesional elitista, que la historia la hacen los historiadores, cuando es obvio que la historia ha sido forjada por las propias sociedades del pasado, entendiendo por sociedad a todos sus integrantes, sean del “alto, medio o bajo pueblo”, con una concepción de totalidad, como es global la historia que hacen las diferentes capas de una formación social determinada.

En cuarto lugar, el mismo tiempo que relata e interpreta, el historiador debe ir abstrayendo –en el sentido filosófico del concepto: lo abstracto es lo más concreto y lo más concreto es lo más abstracto en su sentido más profundo- para ir generando aportes a una teoría de la historia, fundamento de las hipótesis y de la metodología a formular. Esta es la difícil tarea del historiador: relatar, interpretar y, al mismo tiempo, teorizar. Sólo así puede hacer una Historia comparada que permita detectar las tendencias generales de cada continente y las especificidades de cada país, con el objeto de superar el provincianismo y comprender de que en cada período de la Historia de Chile es necesario comenzar por el análisis del contexto latinoamericano y mundial en que se desarrollan nuestros procesos.

Sólo así, podemos ir generando una aproximación a la teoría de la Historia de Chile, que haga una ruptura con la concepción eurocéntrica de la Historia porque, es necesario decirlo, no existe una verdadera Historia Universal sino sólo una versión europea de la misma. Los intentos de copiar el modelo de evolución europea han conducido a no entender nuestra

especificidad latinoamericana de formación y desarrollo del Estado, como asimismo de la estructura social, y de los partidos políticos, de la religiosidad, de las particularidades de nuestra cultura y del barrenamiento de nuestra propia identidad.

Plantear la necesidad de una teoría propia para el estudio de la Historia chilena y, por extensión latinoamericana no significa minimizar los aportes de los historiadores de otros continentes, aplicando de manera creadora sus contribuciones a nuestra particular realidad.

La categoría de desarrollo desigual, articulado, específico-diferencial y multilineal de las sociedades permiten comprender a cabalidad la relación Sociedad Humana con Naturaleza-etnia-clase-género-movimientos sociales-colonialismo-sincretismo de culturas, como también, los fenómenos de continuidad-discontinuidad, de la Historia y el papel que juega el mito social como fuerza motriz de lucha de los pueblos en la construcción de los sujetos sociales más relevantes.

El criterio mecanicista de que la llamada superestructura de una sociedad es un mero reflejo de la estructura condujo a minimizar el papel de la cultura, la religiosidad popular y los valores que generalmente traspasan las sociedades. En rigor, tanto en lo sincrónico como en lo diacrónico, se expresan las estructuras y las denominadas superestructuras, comprendiendo sus cadenas causales, facilitando la comprensión de los procesos de estructura y de coyuntura, como se dio de nuestra América con la revolución por la Independencia.

Finalmente, algunas consideraciones sobre Teoría del Conocimiento y Verdad Histórica, conceptos que pueden contribuir a esclarecer el actual debate historiográfico sobre lo acontecido en Chile durante los últimos 30 años. Para algunos de nuestros historiadores existe la verdad absoluta de que el golpe militar de 1973 salvó a Chile del Comunismo y del caos político y económico. La mayoría de los colegas se adscriben a la concepción del relativismo histórico, es decir, que no hay ni siquiera una aproximación a la verdad sino que hay tantas versiones como historiadores, según la óptica ideológica de cada uno, lo cual conduce a un idealismo subjetivo y obviamente al relativismo gnoseológico, al que sin querer estimuló el gran historiador Benedetto Croce y sus seguidores Collingwood, Barnes y Becker. En rigor, existe un proceso de aproximaciones sucesivas a la verdad. La Historia como disciplina avanza a través de verdades parciales y cambiantes, que se van enriqueciendo con nuevas explicaciones y conclusiones verificadas por los testimonios de la realidad. Esto no significa relativismo histórico, para el cual lo verdadero y lo falso siempre son subjetivos, negando el proceso de acumulación de conocimientos y cayendo en el agnosticismo filosófico. El camino de aproximaciones a la verdad no tiene fin porque no hay verdad eterna a la cual arribar, a menos que se quiera proclamar el fin de la Historia o la culminación de ella en un Estado de tipo hegeliano en un sistema neoliberal.

Conclusivamente, nos permitimos sostener que es posible aproximarnos a la verdad de lo ocurrido en nuestro país en los últimos 30 años, si procuramos marrar realmente lo acaecido en el Chile entre los dos Frei, pasando por el gobierno de Allende y la dictadura militar, con la mayor objetividad sin caer en el objetivismo. Este es el único método para que las nuevas generaciones comprendan que no hay tantas verdades relativas como historiadores.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.